

Participación de los inmigrantes en los Estados Unidos de América*

CARA WONG**

RESUMEN

¿Cómo se integran los inmigrantes en el sistema político de los países receptores? Las regiones que recientemente reciben inmigrantes pueden aprender de la experiencia de los Estados Unidos, "tierra de inmigrantes". El presente artículo se ocupa de los factores que influyen en la participación política de los inmigrantes en este país, entre ellos factores políticos contextuales como la opinión pública y las estrategias de partido; factores relacionados con el estatus migratorio y su historia, como la ciudadanía, el nacimiento, la duración de la estancia, la región y la lengua de nacimiento; y factores relacionados con la socialización política de los inmigrantes en el país natal, así como su implicación en la política transnacional y en las movilizaciones raciales o de inmigrantes en el país anfitrión.

1. INTRODUCCIÓN

El mito y la realidad de los Estados Unidos es que es una tierra de inmigrantes. En el año 2000, el 11 por cien de la población había nacido en el extranjero (subió desde un 8 por cien en 1990), y el 10 por cien eran hijos de inmigrantes¹. Las cifras, como la importancia de la inmigración en las noticias, fluctúan en el tiempo dependiendo de factores sociales y económicos. En momentos de recesión, suele producirse un incremento de

* Traducción del original en inglés de María Teresa Casado.

** Profesora Ayudante de Ciencia Política, Universidad de Illinois, Urbana-Champaign.

¹ Marzo de 2000, *Current Population Survey*, Censo de EE.UU.

los sentimientos y la legislación contra los inmigrantes. En 2006, la inmigración ocupaba las primeras páginas de los periódicos especialmente debido a la visibilidad de las manifestaciones de inmigrantes y a los boicots organizados que acompañaron a la legislación propuesta en el Congreso². En el actual año de elecciones de 2008, la inmigración se ha situado por debajo de las pantallas de los radares, a medida que expertos y políticos se centran en las próximas elecciones presidenciales. No obstante, en las noticias sigue manifestándose una tendencia subterránea³. Hay dos cuestiones que preocupan: ¿tiene la inmigración efectos positivos o negativos sobre mi situación y la de mi país? y ¿son los inmigrantes leales a nosotros y a los Estados Unidos?

En este artículo voy a centrarme sólo en uno de los aspectos de esta cuestión tan extensa: la participación política de los inmigrantes. En otras palabras, no me propongo abordar cuestiones como la opinión pública sobre la inmigración y los inmigrantes, la política migratoria (histórica o propuesta) o la influencia económica y fiscal de los inmigrantes.

² Se presentaron dos proyectos de ley en la Cámara de Representantes y el Senado, y diferían considerablemente. Ambos abordaban la cuestión de la seguridad en las fronteras y el trato de los inmigrantes sin papeles, pero ninguno llegó a convertirse en ley debido a que sus diferencias no se resolvieron en la comisión.

³ De acuerdo con una encuesta realizada por Gallup entre junio y julio de 2008, sólo cerca de una cuarta parte de los estadounidenses encuestados afirmaron que la inmigración constituía un factor "extremadamente importante" para su decisión de voto en las elecciones presidenciales. (Esta cuestión figuraba la última entre las ocho por las que se preguntaba).

Para analizar la cuestión de los inmigrantes lo primero que hay que tener en cuenta es la heterogeneidad del grupo. Esto es especialmente relevante cuando examinamos la participación política, debido a que los diferentes estatus afectan a los posibles modos de entrar en la participación, así como a las experiencias y los tipos de socialización que pueden tener los inmigrantes; esto, a su vez, afecta a sus niveles de implicación y participación política. Convendría distinguir entre cinco estatus diferentes: ciudadanos naturalizados, residentes legales permanentes, inmigrantes sin papeles, refugiados y asilados e “inmigrantes” de segunda y posteriores generaciones.

Para estudiar la participación política de los inmigrantes, obviamente el grupo en que nos vamos a centrar principalmente es en el de los ciudadanos naturalizados. Los ciudadanos naturalizados varían mucho en función de la edad a la que inmigraron y el tiempo de residencia antes de naturalizarse. Pero, salvo presentarse a la Presidencia de los Estados Unidos, el ciudadano naturalizado tiene los mismos derechos y oportunidades que los ciudadanos nativos para participar en política. Así, una vez adquirida la ciudadanía, los obstáculos que encuentran los inmigrantes para participar en política son los mismos que afrontan los ciudadanos nativos. Por supuesto, antes de naturalizarse, la inmensa mayoría son residentes legales permanentes (RLP). Los RLP no pueden votar, pero sí participar en muchos otros tipos de actividad política.

Desde luego, están también los inmigrantes que carecen de documentos. Entre los inmigrantes sin documentos se cuentan los individuos que han entrado ilegalmente en los EE.UU. y los residentes temporales legales cuyo visado ha caducado. No pueden votar ni hacer contribuciones a las campañas políticas, pero sí protestar y organizarse. Además, se les incluye en el Censo y se les tiene en cuenta para la reorganización de los distritos. En otras palabras, tienen una representación implícita. Los inmigrantes sin documentos, al igual que los no inmigrantes (por ejemplo, los extranjeros que son admitidos temporalmente en los EE.UU.), pueden permanecer en el país sólo un corto período sin intención de quedarse. Algunos estudiosos y expertos han afirmado que los visados caducados –y no el estereotipo de las familias que atraviesan la frontera entre EE.UU. y México– son una fuente importante de inmigrantes ilegales y, para poner este dato en perspectiva, hay que señalar que los EE.UU. reconocieron a más de 174 millones de no inmigrantes en 2006 (Temporary..., 2007). Estos indocumentados son el blanco por excelencia de la animosidad

de la opinión pública contra los inmigrantes. En términos de participación, los indocumentados están limitados por la preocupación adicional de que, al llamar la atención, les paren y les pidan los papeles. Por la misma razón que pueden decidir no llamar la atención negándose a pedir ayuda a la policía o a rellenar el impreso para el Censo (aunque la Oficina del Censo no proporcione información a los servicios de Inmigración y Ciudadanía), tienden menos que los residentes legales a participar en la política.

Los refugiados y asilados constituyen un grupo menos numeroso, pero son interesantes porque tienen experiencias de socialización muy diferentes (en su país y en los EE.UU.) que pueden influir en su deseo e interés de participar en la política. Por ejemplo, pueden tener experiencias particularmente positivas con el gobierno de EE.UU. que influyan en sus actitudes políticas. En términos de su acceso a la política, son residentes legales, bien temporales o permanentes. Las cifras en EE.UU. fluctúan anualmente; en el caso de las admisiones de refugiados, la cantidad ha disminuido notablemente entre 1990 y 2007, de 120.000 a menos de 50.000 (Jefferys y Martin, 2008). Los principales países emisores de refugiados y asilados difieren poco de los grandes países emisores de inmigración. En el caso de los refugiados, las principales fuentes son Birmania, Somalia e Irán, mientras los solicitantes de asilo proceden sobre todo de China, Colombia y Haití (Jefferys y Martin, 2008). En 2007, 48.217 refugiados fueron admitidos y a 25.270 individuos se les concedió asilo.

Y, finalmente, aunque técnicamente no son inmigrantes, quizás deberíamos estudiar a los “inmigrantes” de segunda generación, que han nacido en Estados Unidos de uno o ambos progenitores que inmigraron a los EE.UU. La mayoría hablan inglés con fluidez y las únicas barreras institucionales que se interponen a su participación son las mismas que encaran todos los ciudadanos estadounidenses. Si esto es así, ¿por qué analizar la segunda generación? En los estudios sobre la asimilación de los extranjeros en los Estados Unidos, los expertos se han ocupado de la incorporación de los inmigrantes y de si su asimilación está o no “segmentada” (Portes y Zhou, 1993; Deaux, 2006). Un modo de examinar su incorporación es comparando la primera generación con la segunda y luego con los estadounidenses autóctonos (cuyos antepasados se remontan a más de una o dos generaciones en los Estados Unidos). Para centrarnos en el tema que nos ocupa, podríamos comparar la participación política de los autóctonos (de varias generaciones en los Estados Unidos), la de los inmigrantes de segunda generación y la de los inmigrantes.

De acuerdo con el *Current Population Survey* de marzo de 2000, el 11 por cien de la población nacida en EE.UU. son inmigrantes de segunda generación (es decir, con uno o ambos progenitores extranjeros). Junto a la población nacida en el extranjero, para el Censo la “cantidad total de extranjeros” equivale al 20 por cien de toda la población de los EE.UU. En otras palabras, una de cada cinco personas que vive en los EE.UU. es inmigrante o hijo de inmigrante.

2. ¿CUÁNTA PARTICIPACIÓN ES SUFICIENTE?

Una pregunta implícita para examinar la participación política de los inmigrantes es cuál es el punto de partida apropiado. ¿Hay que partir de la comparación con el promedio de los estadounidenses? Esto puede parecer un punto de referencia demasiado alto, dado que los inmigrantes tienen que superar el obstáculo de trasladarse desde muy lejos, además de aprender un sistema político desconocido para ellos, un nuevo idioma y posiblemente afrontar un modo de vida completamente nuevo. Otra comparación de la que partir podría ser con los estadounidenses con estudios y niveles de renta semejantes, o con recursos comparables en cuanto a sus redes sociales. Pero aunque esta comparación puede parecer más razonable, surgen los mismos problemas de antes. Una alternativa es comparar la participación política de los inmigrantes con la de sus hijos. Después de todo, la característica que distingue con mayor claridad a los inmigrantes de primera generación de los de segunda es el nacimiento; el estatus socioeconómico, la etnia y la cultura se mantienen constantes en general. Dado que ya sabemos que las migraciones *dentro* de los Estados Unidos tienen un fuerte efecto debilitador en el voto de los estadounidenses autóctonos (Wolfinger y Rosenstone, 1980), parece entonces razonable esperar que los traslados entre países diferentes perturben aún más la vida de las personas. En la lista de lo que uno debe hacer después de un traslado –encontrar trabajo, una escuela para los hijos, un médico y un dentista para la familia, la tienda de comestibles más cercana– figuran tareas que tienen una prioridad mayor que registrarse para votar. Como notoriamente escribió Dahl acerca del común de los estadounidenses autóctonos: “La política es una atracción secundaria en el circo de la vida”; y para muchos inmigrantes, durante los primeros años de su estancia en los EE.UU., la política está fuera de la carpa.

Si llevamos a otro contexto la pregunta, podemos examinar la composición del Congreso de EE.UU. En la actualidad hay doce inmigrantes en la Cámara de Representantes de los EE.UU. y dos en el Senado. Cuando se tienen en cuenta estos hechos a la luz de la participación política de los inmigrantes, uno se pregunta ¿esta cantidad es demasiado pequeña, demasiado elevada o es adecuada?

3. TENDENCIAS HISTÓRICAS EN LA POLÍTICA Y LA PARTICIPACIÓN DE LOS INMIGRANTES

Los inmigrantes de los Estados Unidos se han implicado en la política desde los orígenes del país. Algunos “Padres Fundadores” eran inmigrantes, en la Guerra de la Independencia Norteamericana lucharon inmigrantes y los inmigrantes votaron en las primeras elecciones. Sin embargo, hasta la década de 1860 no se convirtieron en ciudadanos *estadounidenses*, sino en ciudadanos de los estados en los que vivían. Hubo no ciudadanos que lucharon en las guerras del país, y en muchas jurisdicciones se les permitía votar bien entrado el siglo XX. De acuerdo con Hyduk, entre 1776 y 1926, una cantidad tan elevada como 40 estados y territorios federales permitían votar a los no ciudadanos en las elecciones locales, estatales e incluso federales. Hubo no ciudadanos que lograron ocupar incluso cargos públicos como los de concejal y juez de instrucción (Hyduk, 2006: 15)⁴.

La investigación de la inmigración en EE.UU. como una importante cuestión política, sin embargo, no se iniciaría hasta mediados del siglo XIX y principios del XX, debido a las elevadas cantidades de inmigrantes que llegaron procedentes del sur y el este de Europa, de Asia y de México. En tiempos de recesión económica la opinión pública se vuelve contra los inmigrantes y apoya restricciones como la Ley de Exclusión de los Chinos y, en última instancia, la Ley de Orígenes Nacionales de 1924 (Higham, 1988; Tichenor, 2002). Estas leyes no sólo impidieron la llegada de grandes cantidades de inmigrantes, también negaban los derechos a muchos que ya eran residentes legales. Por ejemplo, los inmigrantes asiáticos no podían naturalizarse (lo que afectaba a su capacidad para poseer

⁴ En algunos lugares como Takoma Park, Maryland y la ciudad de Nueva York, pueden votar a los componentes de las juntas escolares (por ejemplo, a los representantes para cuestiones educativas locales).

tierra, votar, etc.); los irlandeses padecían discriminación en el mercado de trabajo (“no se aceptan solicitudes de irlandeses” era una frase que solía verse en los escaparates de las tiendas); y a los no ciudadanos se les retiró el derecho al voto en las elecciones presidenciales y estatales.

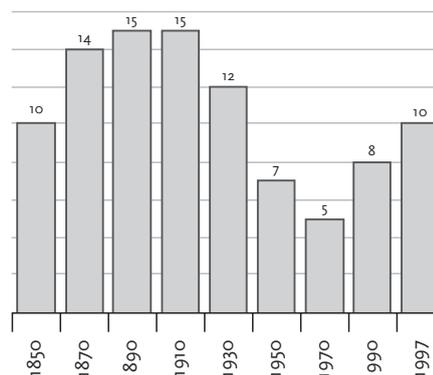
El gráfico 1 indica el porcentaje de población compuesta de individuos nacidos en el extranjero desde 1850 hasta 1997. Las cantidades elevadas coinciden con una mayor notoriedad de la inmigración en la política. Hay que señalar, sin embargo, que incluso en el año de 1960 –cuando los nacidos en el extranjero constituían sólo el 6 por cien de la población total– la proporción de población formada por inmigrantes de primera y segunda generación era el 19 por cien (Gibson y Lennon, 1999). Este total no difiere demasiado del total del año 2000, a pesar de que la cantidad hoy día es mucho mayor.

Además de la reacción del público general y las leyes del Congreso, la respuesta de varias instituciones nacionales también influyó en la participación política de los inmigrantes. Por ejemplo, los partidos políticos representaron un importante papel en la provisión de puestos de trabajo para los inmigrantes y contribuyeron activamente a su asimilación e incorporación al país de acogida; pero al mismo tiempo esperaban de ellos lealtad a su partido a cambio de la ayuda que les prestaban. El gobierno también intentó fomentar la asimilación de los inmigrantes, culminando en el movimiento de americanización de la década de 1920. Un movimiento relacionado con éste –la campaña a favor del inglés estadounidense– se inició a finales del siglo XX con el fin de convertir el inglés en la lengua oficial del país. Lo que no está tan claro es si la americanización y los movimientos a favor del inglés americano fomentaron u obstaculizaron la participación política de los inmigrantes, a pesar de sus intenciones de convertir a los inmigrantes en “americanos”. Pero, en general, la presencia de organizaciones sociales y cívicas tiene un potente efecto positivo en la tasa de naturalización, que a su vez abre las puertas a casi todos los tipos de acciones políticas de los inmigrantes (Andersen, 2008).

La respuesta pública a los inmigrantes ha fluctuado a lo largo del tiempo, tanto en términos de la notoriedad de la inmigración en la mentalidad de las personas como en el nivel de apoyo u oposición a los inmigrantes. Como se ha mencionado antes, estas fluctuaciones suelen estar relacionadas con la salud de la economía, y existe un extenso cuerpo de literatura sobre este tema producido por historiadores y científicos de la política.

GRÁFICO 1

POBLACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS NACIDA EN EL EXTRANJERO: 1850-1997 (PORCENTAJE DE POBLACIÓN TOTAL)



Fuente: Oficina del Censo de los EE.UU., págs. 23-195, figura 1-1.

Lo menciono aquí sólo para subrayar su influencia en la limitación de la participación política de los inmigrantes. En tiempos de dificultades económicas, los trabajadores autóctonos han temido perder su trabajo, y los trabajadores temporales –como los del programa Bracero– han sido despedidos. En tiempos de guerra, se sospechó de la lealtad de los inmigrantes, lo que resultó en el internamiento de los japoneses estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial. Y, en tiempos de bonanza económica, la inmigración cobra importancia política y los inmigrantes, tanto los legales como los que carecen de documentos, son contratados para paliar la escasez de mano de obra.

Los inmigrantes tenían ante sí pocas opciones. Podían elegir entre emigrar (bien porque habían mejorado las circunstancias “de su patria” o porque eran perseguidos en EE.UU.), permanecer en el país o rebelarse. En este último caso, los inmigrantes siguieron canales legales y movilizaron a su gente. Es claro que las Protestas de los Inmigrantes de 2006, como otros movimientos anteriores, han estado muy influidas por las protestas previas a favor de los Derechos Civiles. Los boicots y las manifestaciones constituyen dos herramientas no violentas entre otras muchas que utilizaron los líderes de los Derechos Civiles en las décadas de 1950 y 1960 y, como ha señalado el especialista en derecho Raskin: “Los derechos de los inmigrantes son los derechos civiles del día” (Sontag, 1992).

4. LA PARTICIPACIÓN DE LOS INMIGRANTES EN LA ACTUALIDAD

Además del voto de los que carecen de nacionalidad, los canales abiertos a la participación política de los inmigrantes siguen siendo principalmente los mismos, si bien han cambiado las técnicas de movilización. La participación que no requiere el estatus de ciudadanía incluye la participación en protestas políticas, la asistencia a reuniones políticas, el envío de cartas a periódicos, los contactos con funcionarios del gobierno y las conversaciones sobre política con otras personas. A los residentes legales permanentes se les permite donar dinero para campañas políticas. Los factores que favorecen todos estos tipos de acciones son los mismos para los inmigrantes que para los no inmigrantes: la mayor información, conciencia y sentido de la eficacia o capacidad de influencia, así como un estatus socioeconómico alto conducen a una mayor implicación política.

En el caso de los inmigrantes, la región de nacimiento constituye un indicador clave del bienestar económico de la persona. Así, por ejemplo, mientras los nacidos en el extranjero tienen, por término medio, una edad semejante a los nacidos en el país (los nacidos en Europa con una edad mediana 13 años mayor que los nacidos en Asia y 17 años mayor que los latinoamericanos), tienen menos estudios, sus mujeres tienen una tasa de participación en la fuerza de trabajo mucho menor, presentan menores porcentajes de empleados en ocupaciones profesionales o directivas, tienen tasas más altas de pobreza, una renta familiar inferior e inferiores tasas de propiedad del hogar (Census Brief, 2000). Todo esto influye en la capacidad de los inmigrantes para implicarse en política. Pero la población nacida en el extranjero es muy heterogénea.

Además, tanto la ciudadanía como el nacimiento en el país influyen en la acción política, incluso en tipos de participación que no requieren la ciudadanía o el haber nacido en el país receptor. Por ejemplo, en el caso de los estadounidenses asiáticos, en los años 2000-2001, el 18 por cien de asiáticos nacidos en EE.UU. contactaron con un funcionario gubernamental, el 17 por cien donaron dinero para una campaña, el 30 por cien cooperaron con otros en su comunidad y el 1 por cien participaron en una protesta. En comparación con éstos, de los ciudadanos asiáticos naturalizados el 11 por cien contactaron con un funcionario, el 12

por cien donaron dinero, el 20 por cien colaboraron con otros en su comunidad y el 8 por cien participaron en una protesta. De los que no tienen la nacionalidad, sólo el 6 por cien contactaron con un funcionario gubernamental, el 6 por cien donaron dinero, el 14 por cien colaboraron con otros y el 5 por cien participaron en una protesta⁵. En otras palabras, los asiáticos nacidos en el país eran de dos a tres veces más activos que los no ciudadanos, con los naturalizados en una posición intermedia.

Aunque no suele considerarse una medida estándar, podríamos tomar el servicio militar como una forma más de participación política, dado que se puede contemplar como un signo de patriotismo, lealtad y sentimiento del deber para con el país. En los EE.UU., todos los hombres inmigrantes –documentados e indocumentados– tienen que registrarse en el Servicio Selectivo (con el fin de tener información disponible en caso de necesidad de reclutamiento en tiempos de guerra) si tienen la edad establecida. Y, si un residente legal permanente presta sus servicios al ejército de EE.UU., el tiempo que ha de esperar para obtener la naturalización se reduce: en tiempos de paz, de cinco años se reduce a tres y, en tiempos de guerra –como ocurre actualmente– los que prestan sus servicios pueden solicitar la naturalización inmediatamente. Pero difícilmente se puede afirmar que este servicio se presta de forma interesada y con el exclusivo fin de obtener los beneficios de la ciudadanía. Desde que se estableció, más del 20 por cien de los receptores de la Medalla de Honor del Congreso han sido inmigrantes: esta medalla es la máxima condecoración otorgada por la nación y quien la recibe ha de haber arriesgado su vida más allá del deber.

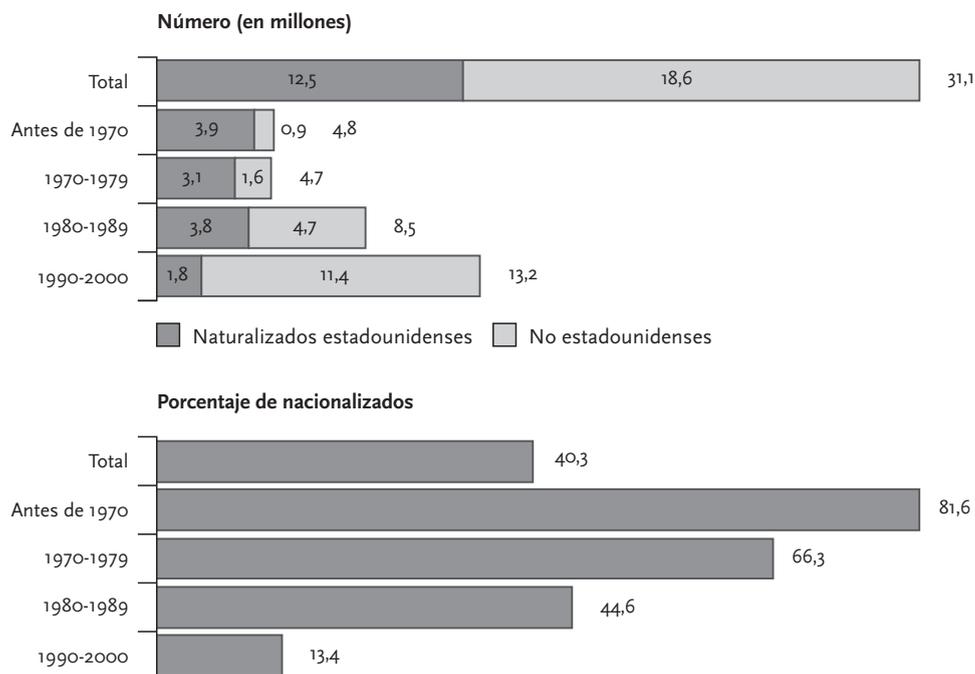
En los tipos de participación política que requieren la ciudadanía intervienen los mismos factores que predicen la implicación y el interés político. Concretamente, me estoy refiriendo al registro para votar, el voto y la candidatura a puestos políticos. Como estas acciones dependen de la naturalización, debemos examinar primero los factores que obstaculizan y los que promueven la conversión de los inmigrantes en ciudadanos.

De acuerdo con la *Current Population Survey* de 2000, el 37 por cien de la población nacida en el extranjero está naturalizada. Está clara la tendencia de que cuanto más tiempo ha permanecido un inmigrante en los EE.UU., más probabilidades tiene de convertirse en ciudadano estadounidense.

⁵ Datos de la *Pilot National Asian American Political Survey* de 2000-2001 (Wong et al., 2008).

GRÁFICO 2

ESTATUS CIUDADANO DE LA POBLACIÓN NACIDA EN EL EXTRANJERO POR PERÍODO DE ENTRADA: 2000



Datos basados en una muestra. Información sobre protección de confidencialidad, error de muestreo, error no de muestreo y definiciones, véase www.census.gov/prod/cen2000/doc/sf3.pdf.
 Fuente: Oficina del Censo de los EE.UU., Censo de 2000, tabulaciones especiales.

El 82 por cien de los que entraron antes de 1970 tenían la ciudadanía, mientras sólo contaban con ella el 13 por cien de los que entraron en 1990 o después. El gráfico 2 muestra la fuerte relación que existe entre la naturalización y el tiempo de residencia en el país. Si bien el tiempo oficialmente requerido para naturalizarse es de cinco años (en el caso de esposas e hijos este período es más corto), la mayoría de los inmigrantes no se naturalizan al término de ese período de tiempo, ya sea por razones personales o por razones burocráticas, y es como si se formase una reserva de solicitudes. Los predictores más fiables de la nacionalización son el tiempo de residencia y la edad: los que han residido más tiempo en los EE.UU. y los inmigrantes de más edad son los que más tienden a naturalizarse (DeSipio y De la Garza, 1998).

En 2007, 660.477 inmigrantes se convirtieron en ciudadanos de EE.UU. La mayoría procedían

de México, India, Filipinas, China y Vietnam (Rytina y Caldera, 2008). De los que se naturalizaron, el 55 por cien eran mujeres y el 45, hombres, una tendencia semejante a la de 2006 y 2005. Como señala Jones-Correa (1998), las motivaciones para quedarse o regresar al país natal varían con las oportunidades relativas que tienen los inmigrantes en los EE.UU.: las mujeres inmigrantes suelen disfrutar en EE.UU. de más libertades que en sus países, pero los hombres suelen verse obligados a aceptar trabajos peores y padecer una pérdida de estatus. Los inmigrantes que sí se nacionalizan tienden más a estar casados que solteros (el 66 por cien frente al 21 por cien) (Rytina y Caldera, 2008).

El contexto también influye en las tasas de naturalización. Por ejemplo, el número de inmigrantes mexicanos que se nacionalizaron casi se duplicó entre 2006 y 2007 (Watanabe, 2008). Coincidieron varios factores: la intención declarada de

incrementar en un futuro inmediato las tasas para los trámites de ciudadanía, la notoriedad del debate nacional sobre la inmigración y una campaña coordinada por los medios de comunicación de habla española y grupos de defensa de los inmigrantes para animar a los inmigrantes a que se naturalizaran.

Además de la naturalización o como parte de ella, el idioma puede constituir un obstáculo para la participación política. La fluidez en inglés es un requisito de la naturalización y suele ser necesaria para obtener la información política que se precisa para votar y tener conciencia política, interés político y actividad política. De acuerdo con la *American Community Survey* de 2002, el 83 por cien de los nacidos en el extranjero hablan una lengua distinta del inglés. Por ejemplo, el 45 por cien hablan español (Deardorff, 2003). Por ley, las papeletas electorales han de ser bilingües o multilingües en las áreas habitadas por grandes cantidades de estadounidenses que hablan lenguas distintas del inglés. Sin embargo, hay alguna investigación que cuestiona la eficacia de las papeletas multilingües a la hora de fomentar el voto, al menos entre los latinos de primera generación (Ramakrishnam y Espenshade, 2001). Además, un estudio sobre el efecto de la publicidad de las campañas en los medios de comunicación ha revelado que la publicidad en lengua española no influía en modo alguno en la movilización de los hispanoparlantes. Al contrario, la publicidad en inglés incrementaba la probabilidad de que votaran en las urnas (DeFrancesco Soto y Merilla, 2008).

Conjuntamente, la naturalización, el nivel de inglés y los medios de comunicación utilizados contribuyen a la participación de los inmigrantes en los partidos políticos de los Estados Unidos (Wong, 2000). Y los partidos funcionan como movilizados, como atajos o herramientas heurísticas para que las personas entiendan rápidamente cuáles son las opciones políticas, y como fuente de información que promueve el interés por la política y la conciencia política entre los inmigrantes.

Las tendencias de todos los estadounidenses a registrarse y votar están influidas, entre otros factores, por el sentido de la propia eficacia, la conciencia política o el nivel de información, el estatus socioeconómico (incluida la propiedad de la vivienda) y los recursos de sus redes sociales (que incluyen las oportunidades de movilización). Sin embargo, en el caso de los inmigrantes hay algunos factores adicionales que influyen en si se registran y si votan luego en las elecciones: la genera-

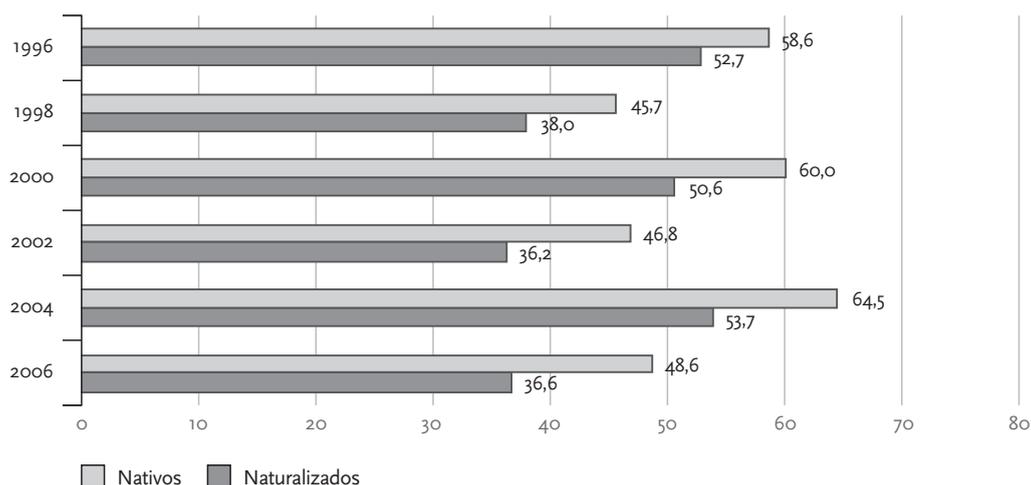
ción, el tiempo que llevan viviendo en EE.UU., la socialización política en su país de origen, el idioma, la concentración residencial étnica y la movilización en contra de la legislación contraria a la inmigración (Ramakrishnan y Espenshade, 2001). Ramakrishnan y Espenshade encuentran evidencia de la existencia de "una ventaja de la segunda generación" para blancos, negros y asiáticos, de modo que los hijos de los inmigrantes tienden más que sus padres a votar. Sin embargo, en el caso de los latinos descubren que los ciudadanos naturalizados son los que más tienden a votar, y que los latinos de segunda y tercera generación tienden menos que aquéllos. Cuanto más tiempo viven los inmigrantes blancos y latinos en los EE.UU. más tienden a votar; en el caso de los inmigrantes negros y asiáticos, el tiempo de residencia en EE.UU. no influye. También descubren que "por lo general, la procedencia de un régimen comunista o represivo no influye de forma significativa en la participación política" (2001: 890). Y, mientras hay evidencia de que el conocimiento del idioma influye en el voto (Cho, 1999), como se ha mencionado antes, no hay evidencia que apoye la idea de que las papeletas en español fomenten la participación electoral. El contexto residencial es importante, pero los factores que influyen en la participación electoral son la pobreza residencial y las altas proporciones de extranjeros, más que una concentración alta de latinos o un nivel alto de movilización coétnica (DeSipio, 1996; de la Garza *et al.*, 2008). Además de Ramakrishnam y Espenshade, hay otros estudiosos que también descubren evidencia de que la legislación local anti-inmigración puede fomentar temporalmente la participación política de los inmigrantes de primera y segunda generación, e incrementar la información política y la conciencia racial de los latinos de primera generación (Pantoja y Segura, 2003).

Lo que ha motivado la presente investigación es la notable diferencia entre los niveles de registro y de participación electoral entre los inmigrantes y la población autóctona. En noviembre de 1996, de la población de ciudadanos nativos, el 71 por cien estaban registrados y el 59 por cien acudieron a votar; entre la población de ciudadanos naturalizados, el 63 estaban registrados y el 53 por cien votaron (Bass y Casper, 1999)⁶. Estas diferencias no se han reducido en la última década. En

⁶ Estos datos proceden de las propias declaraciones de los informantes. En los estudios donde se verifica el voto, los estadounidenses tienden a exagerar el voto en las encuestas. No hay estudios que determinen si los inmigrantes experimentan las mismas presiones de deseabilidad política que les llevan a informar exagerando.

GRÁFICO 3

PORCENTAJE DE POBLACIÓN CON DERECHO A VOTO QUE VOTÓ
POR NACIMIENTO Y AÑO: 1996-2006



Fuente: Censo de los EE.UU., *Current Population Survey, November Voting Supplements: 1996-2006*.

2006, los ciudadanos naturalizados fueron un 52 por cien menos tendentes a registrarse y un 42 por cien menos tendentes a votar que los ciudadanos nacidos en el país. Crissey y File (1998) han hallado que, entre 1996 y 2006, la participación de los ciudadanos naturalizados no aumentó, y han mostrado que se redujo en comparación con la de los ciudadanos nativos. La evidencia sobre si la influencia del nacimiento es mayor en el caso de las elecciones al Congreso no resulta concluyente. El gráfico 3 proporciona un resumen de la participación electoral durante la última década.

Las elites y los partidos siguen representando hoy día un importante papel en la participación política, como ocurrió durante la hegemonía del clientelismo del Tammany Hall en la Ciudad de Nueva York⁷. Sin embargo, como Jones-Correa (1998) señala, los partidos están menos motivados a ganar partidarios en distritos de militancia relativamente asegurada; en estas zonas, la movi-

⁷ Tammany Hall fue la poderosa maquinaria del Partido Demócrata de la Ciudad de Nueva York en los siglos XIX y XX, famosa tanto por ayudar a los inmigrantes (sobre todo irlandeses) a ganar influencia a través de la política como por su corrupción y la importancia del clientelismo.

lización de los partidarios de siempre es suficiente o más eficiente que intentar obtener los votos de los inmigrantes⁸.

El otro tipo de participación política que requiere la ciudadanía (e incluso la condición de nativo en un caso) es el sufragio pasivo. Los requisitos varían en los diferentes estados para las elecciones locales, pero para presentarse a las elecciones de la Cámara de Representantes de los EE.UU., un inmigrante tiene que tener una antigüedad de siete años como ciudadano estadounidense, y para presentarse a senador, de nueve. Así, cuando se reflexiona sobre la cuestión normativa de cuántos inmigrantes deberían formar parte del Congreso, hay que considerar este requisito adicional, además de los requisitos residenciales para la naturalización. Y, para presentarse a Presidente de los Estados Unidos, el candidato debe ser "ciudadano

⁸ La cuestión de los no ciudadanos que votan ilegalmente se plantea en todas las elecciones. Desde un frente hay acusaciones de fraude aludiendo que muchos RLP e indocumentados van a votar. El otro frente sostiene que aunque hay algunos casos de no ciudadanos que votan, éstos son pocos y lo hacen por ignorancia más que intencionadamente. Sobre esta cuestión no hay suficiente evidencia para apoyar la idea de que las elecciones se ganan fraudulentamente.

nacido en los EE.UU.”⁹. Por supuesto, los factores que disuaden a los estadounidenses nativos de presentarse a las elecciones son los mismos que los que disuaden a los ciudadanos naturalizados. Después de todo, la contienda por el escaño de senador en los EE.UU. puede costar fácilmente más de un millón de dólares.

La cuestión relativamente novedosa que ahora surge en la reflexión sobre la participación política y la ciudadanía de los inmigrantes, es la de la doble ciudadanía y el transnacionalismo político. Algunos estudiosos cuestionan que el transnacionalismo sea un fenómeno nuevo. Ciertamente, enviar dinero e incluso viajar al país natal ya era frecuente antes del siglo XXI; sin embargo, como los costes de viajar han disminuido, esta opción es más viable. Y la investigación ha revelado que el envío de remesas está hoy día más organizado y elude los problemas de coordinación, ya que se envían mediante organizaciones del país natal que pueden trabajar a mayor escala. Sin embargo, las percepciones sobre los inmigrantes no siempre se ajustan a la realidad: una encuesta de 2004 sobre inmigración realizada por NPR/Kaiser/Harvard reveló que mientras el 60 por cien de los estadounidenses nativos pensaban que los inmigrantes que habían llegado recientemente enviaban a su país natal la mayor parte del dinero que ganaban en los EE.UU., el 62 por cien de los inmigrantes entrevistados declararon que no enviaban regularmente ningún dinero. Además de estas diferencias de percepción, lo que sí parece inusual a la opinión pública americana en relación con el transnacionalismo actual es la idea de que los inmigrantes voten en su país natal, tanto antes como después de haber adquirido la ciudadanía de los EE.UU.

El público se hace dos preguntas acerca de este tipo de transnacionalismo político. Primera, ¿el transnacionalismo ocurre a costa de la asimilación?, segunda, ¿la participación política en el antiguo país reduce la participación política en el nuevo hogar? Algunos temen que hay una cantidad de tiempo limitada para dedicar a la política. Si las personas invierten en política poco tiempo de sus vidas, ¿qué probabilidades hay de que inviertan tiempo en la política de *ambos* países?

⁹ El significado de “ciudadano nacido en los EE.UU.” ha saltado a la palestra en las elecciones presidenciales de 2008, porque John McCain nació en El Canal de Panamá un año antes de que se declarara que el nacimiento allí garantizaba la ciudadanía de los EE.UU. Sin embargo, los abogados de ambos partidos han resuelto este problema al considerarlo una cuestión sin importancia práctica.

Por ahora, la respuesta de la investigación a las dos preguntas es un “no” provisional. Los estudios sobre los inmigrantes latinos revelan que sus tasas de participación en las elecciones del país natal son bajas; en uno de ellos, esa tasa oscila entre el 10 y el 15 por cien (Ramakrishnan, 2005; Guarnizo *et al.*, 2003). Ramakrishnan afirma que, como la mayoría de los inmigrantes que votan en las elecciones de su país natal llevan en EE.UU. relativamente poco tiempo, aún no tienen la ciudadanía de los EE.UU. Y su investigación revela que la participación electoral en las elecciones de EE.UU. es realmente más alta entre los inmigrantes que tienen la doble nacionalidad que entre los que no la tienen. No obstante, Staton *et al.* (2007), que descubren una relación negativa entre la doble nacionalidad y la participación electoral, llegan a la conclusión opuesta. Obviamente se necesita más investigación para resolver esta cuestión.

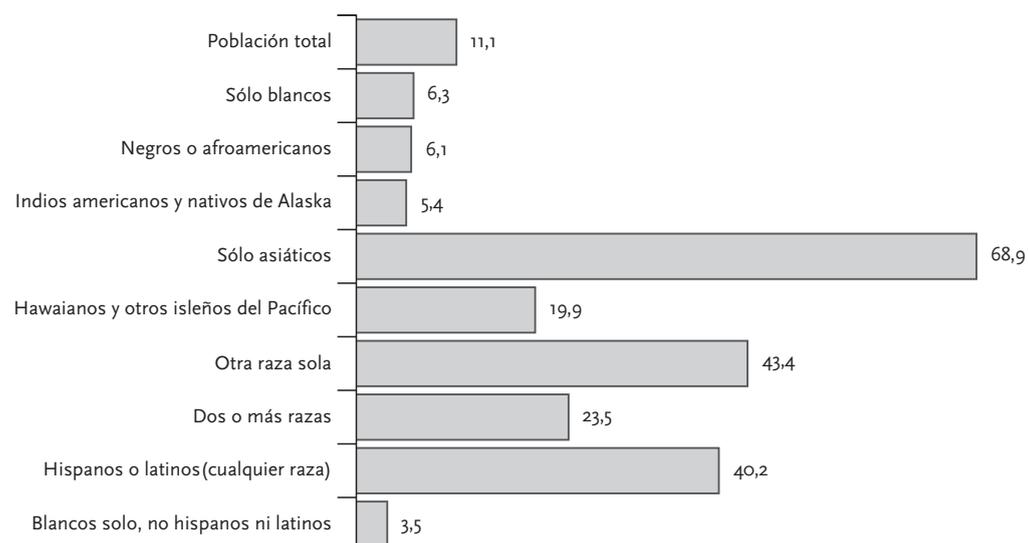
Otra preocupación sobre la participación política transnacional –más allá del análisis de los niveles de implicación– es si constituye un indicador de una lealtad política dividida. A Huntington (2004), por ejemplo, le preocupa si la lealtad de los inmigrantes mexicanos pertenece a México o a los Estados Unidos. Y esta preocupación se agrava por la posibilidad de la doble nacionalidad (que Huntington equipara a la bigamia). Sin embargo, el trabajo de de la Garza *et al.* (1996) mitiga estas preocupaciones; en sus análisis de datos de opinión pública, descubren que el patriotismo de los estadounidenses mexicanos es igual que el de los anglosajones.

5. EL FUTURO DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS INMIGRANTES

En términos del futuro de la participación política de los inmigrantes en EE.UU., hay dos hipótesis posibles que se pueden cumplir. De acuerdo con la obra de Crissey y File (2008), el efecto del nacimiento puede no desaparecer en un futuro próximo: los ciudadanos nativos simplemente tienen ventaja cuando se trata de votar en comparación con los ciudadanos naturalizados. Sin embargo, cuando uno mira más allá de la primera generación, surge otra hipótesis: al cabo de una o dos generaciones, el efecto “inmigrante” desaparece. Y los “inmigrantes” de segunda y tercera generación, en otras palabras, se involucran en la política de forma similar a los estadounidenses nati-

GRÁFICO 4

PORCENTAJE DE NACIDOS EN EL EXTRANJERO POR RAZA Y ORIGEN HISPANO: 2000



Datos basados en una muestra. Información sobre protección de confidencialidad, error de muestreo, error no de muestreo y definiciones, véase www.census.gov/prod/cen2000/doc/sf3.pdf.

Fuente: Oficina del Censo de los EE.UU., Censo de 2000, tabulaciones especiales.

vos cuyos antepasados se remontan varias generaciones. La encuesta NPR/Kaiser/Harvard de 2004 mencionada antes proporciona evidencia de que los hijos de los inmigrantes tienen ideas políticas que prácticamente no se diferencian de las de los demás nativos estadounidenses.

Sin embargo, cuando uno mira al futuro, la imagen de la política que aparece en la bola de cristal tiene tonalidades étnicas y raciales, no de inmigración. Aunque los inmigrantes de primera generación ensalzan la identidad étnica de su país natal, sus hijos suelen adoptar una identidad de raza, si no adoptan la estadounidense (Waters, 2001). Como muchos estadounidenses no pueden (o no quieren) distinguir entre los numerosos orígenes étnicos de los inmigrantes, los inmigrantes suelen ser tratados como parte de grandes grupos raciales/étnicos, como negros, latinos y asiáticos. Esto también implica que se les trata con los mismos prejuicios y discriminación que padece el grupo racial al que se les "asigna", lo que conduce a una "etnicidad reactiva" (Portes y Rumbaut, 2001). En otras palabras, a resultas de sus experiencias de discriminación, algunos inmigrantes se identificarán más con su origen

nacional o grupo racial que con el país de acogida (Schildkratu, 2004). Pero, al mismo tiempo, los inmigrantes introducen cambios en el modo en que se percibe la raza en el país (Prewitt, 2006).

Actualmente, la mitad de la población de Estados Unidos nacida en el extranjero procede de Latinoamérica y más de una cuarta parte, de Asia¹⁰. Uno no debe suponer que esos grupos son homogéneos, porque los inmigrantes proceden de una gran variedad de países diferentes de esas regiones del mundo, pero se están ejerciendo presiones en los Estados Unidos a favor de la adopción de identidades panétnicas (Espíritu, 1993). El gráfico 4 nos da una idea de lo que significaría para los inmigrantes identificarse con su raza en lugar de con su origen

¹⁰ Para verlo con perspectiva se puede afirmar que hasta la década de 1970 la mayoría de las personas que se habían naturalizado nacieron en países europeos (Rytina y Caldera, 2008). Esto guarda relación con los estereotipos y actitudes de la gente sobre y hacia los inmigrantes de diferentes orígenes. Cuando se pregunta acerca de inmigrantes de diferentes regiones del mundo, los procedentes de países de Europa Occidental son aquellos a los que se expresa una menor oposición.

nacional, o como estadounidenses. Dado que existen diferencias raciales en la participación política –por ejemplo, los latinos tienden menos que los blancos no hispanos a contactar con un funcionario público–, la diferencia del lugar de nacimiento puede remplazarse simplemente por una diferencia racial (Junn, 1999; Leighley, 2001). Esto complica la respuesta a la pregunta de las coaliciones políticas. Por ejemplo, no está claro si la pregunta acerca de si los latinos y los afro-americanos pueden ser socios posibles versa sobre la inmigración y/o sobre la raza.

Han surgido preguntas sobre el grado en que los inmigrantes pueden formar grupos de presión para influir en la política exterior. El ejemplo más obvio es el papel de los inmigrantes cubanos y sus protestas contra Castro. Sin embargo, hay muchas diferencias en función del tamaño del grupo de inmigrantes, su poder político, la relación de los EE.UU. con el país natal y la relación de EE.UU. con los enemigos o aliados del país natal. Si la doble nacionalidad se hace más frecuente y cobra relevancia política, uno puede imaginar situaciones en las que las voces de los inmigrantes pueden influir no sólo en la política nacional, sino también en la internacional.

Lo que merece la pena señalar es la concentración espacial de los inmigrantes. La investigación sobre la asimilación que acaba de resurgir se centra de nuevo en los entornos en los que viven los inmigrantes y en los nuevos enclaves donde se asientan (Waters y Jiménez, 2005). Mientras Nueva York, California, Florida y Texas son el hogar de la mitad de los inmigrantes que se naturalizaron en 2007 (Rytina y Caldera, 2008), el mayor crecimiento se viene dando en estados como Carolina del Norte, Georgia, Nevada y Arkansas (Deardorff, 2003). La distribución (y concentración) geográfica no sólo afecta a la capacidad de los inmigrantes para movilizarse y darse apoyo mutuo en la arena política, sino que también abre la posibilidad de reorganizar los distritos electorales para crear nuevos distritos de mayoría inmigrante, por ejemplo, latina. A su vez, los distritos con mayoría-minoría pueden influir positivamente en la participación política de los inmigrantes, fomentando la participación electoral (Barreto *et al.*, 2004).

En conjunto, la idea de la distribución geográfica y la de las identidades raciales/étnicas llevan a preguntarse cómo será el mapa de la ascendencia de los estadounidenses dentro de algunas décadas. De acuerdo con las recientes proyecciones de la oficina del Censo de EE.UU., hacia 2042 las minorías estadounidenses crecerán y se convertirán en

mayorías principalmente debido a los inmigrantes, sus hijos y nietos. En lugar del actual predominio de las raíces alemanas de la mayoría del país, ¿predominará algún grupo o la nación será como un puzzle de diferentes etnias y razas? Y, acompañando a la transformación de este puzzle, ¿variara también mucho la participación de los inmigrantes?

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSEN, K. (2008), "In Whose Interest? Political Parties, Context, and the Incorporation of Immigrants", en JUNN, J. y K. L. HAYNIE (eds.), *New Race Politics in America*, Cambridge, Cambridge University Press.

BARRETO, M. A.; SEGURA, G. M. y N. D. WOODS (2004), "The Mobilizing Effect of Majority-Minority Districts on Latino Turnout", *American Political Science Review*, 98: 65.

BASS, L. E. y L. M. CASPER (1999), "Are there Differences in Registration and Voting Behavior between Naturalized and Native-born Americans?", *Population Division Working Paper 28*, US Bureau of the Census.

CHO, W. K. T. (1999), "Naturalization, Socialization, Participation: Immigrants and (Non) Voting", *Journal of Politics*, 61: 1140-1155.

"Coming to America: A Profile of the Nation's Foreign Born" (2000), Census Brief, U.S. Census Bureau, U.S. Department of Commerce.

CRISSEY, S. R. y T. FILE (2008), "Voting Behavior of Naturalized Citizens: 1996-2006", Ponencia presentada en la Annual Meeting of the Population Association of America, Nueva Orleans, LA, abril 16-19.

DE LA GARZA, R. O.; FALCON, A. y F. C. GARCÍA (1996), "Will the Real Americans Please Stand Up?", *American Journal of Political Science*, 40: 335-351.

DE LA GARZA, R. O.; ABRAJANO, M. A. y J. CORTINA (2008), "Get Me to the Polls on Time: Coethnic Mobilization and Latino Turnout", en JUNN, J. y K. L. HAYNIE (eds.), *New Race Politics in America*, Cambridge, Cambridge University Press.

DEARDORFF, K. (2003), "A Profile of the U.S. Foreign-Born Population", *Population Research Center Briefing*, diciembre 9, Washington DC.

DEAUX, K. (2006), *To Be An Immigrant*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

DEFRANCESCO SOTO, V. M. y J. L. MEROLLA (2008), "Se Habla Español: Ethnic Campaign Strategies and Latino Voting Behavior", en KUNN, J. y K. L. HAYNIE (eds.), *New Race Politics in America*, Cambridge, Cambridge University Press.

DESIPIO, L. (1996), *Counting on the Latino Vote*, Charlottesville, University Press of Virginia.

DESIPIO, L. y R. O. DE LA GARZA (1998), *Making Americans, Remaking America: Immigration & Immigrant Policy*, Boulder, Westview.

ESPIRITU, Y. L. (1993), *Asian American Panethnicity*, Filadelfia, Temple University Press.

"Foreign Born Population: 2000", Census 2000 Brief, U.S. Census Bureau, U.S. Department of Commerce.

GIBSON, C. J. y E. LENNON (1999), "Historical Census Statistics on the Foreign-born Population of the United States: 1850-1990", *Population Division Working Paper*, 29, U.S. Bureau of the Census.

GUARNIZO, L. E.; PORTES, A. y W. HALLER (2003), "Assimilation and Transnationalism: Determinants of Transnational Political Action Among Contemporary Migrants", *American Journal of Sociology*, 108: 1211-1248.

HAYDUK, R. (2006), *Democracy for All*, Nueva York, Routledge.

HIGHAM, J. (1988), *Strangers in the Land: patterns of American Nativism, 1860-1925*, 2.ª ed., New Brunswick, Rutgers University Press.

HUNTINGTON, S. (2004), *Who Are We: The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon and Schuster.

JEFFERYS, K. J. y D. C. MARTIN (2008), "Refugees and Asylees: 2007", *Annual Flow Report*, Office of Immigration Statistics, Department of Homeland Security.

JONES-CORREA, M. (1998), *Between Two Nations: The Political Predicament of Latinos in New York City*, Ithaca, Cornell University Press.

JUNN, J. (1999), "Participation in Liberal Democracy: The Political Assimilation of Immigrants and Ethnic Minorities in the United States", *American Behavioral Scientist*, 42: 1417-1438.

LEIGHLEY, J. E. (2001), *Strength in Numbers? The Political Mobilization of Racial and Ethnic Minorities*, Princeton, Princeton University Press.

PANTOJA, A. D. y G. M. SEGURA (2003), "Fear and Loathing in California: Contextual Threat and Political Sophistication Among Latino Voters", *Political Behavior*, 25: 265-286.

PORTES, A. y R. G. RUMBAUT (2001), *Legacies: The Story of the Immigrant Second Generation*, Berkeley, University of California Press.

PORTES, A. y M. ZHOU (1993), "The New Second Generation: Segmented Assimilation and its Variants", *Annals of American Academy of Political and Social Science*, 530: 74-96.

PREWITT, K. (2006), "Immigrants and the Changing Categories of Race", en TAEKU LEE, S.; RAMAKRISHNAN, K. y R. RAMIREZ (eds.), *Transforming Politics, Transforming America: The Political and Civic Incorporation of Immigrants in the United States*, Charlottesville, University of Virginia Press.

RAMAKRISHNAN, S. K. (2005), "Voting in Home-Country Elections", *San Diego Union-Tribune*, 1 de septiembre.

RAMAKRISHNAN, S. K.; THOMAS J. y T. J. ESPENSHADE (2001), "Immigrant Incorporation and Political Participation in the United States", *International Migration Review*, 35: 870-909.

RYTINA, N. y S. CALDERA (2008), "Naturalizations in the United States: 2007", *Annual Flow Report*, Office of Immigration Statistics, Department of Homeland Security.

SCHILDKRAUT, D. (2004), "Identity, Perceptions of Discrimination and Political Engagement: The Causes and Consequences of Reactive Identity Among Latinos", Ponencia presentada en la reunión anual de la *American Political Science Association*, Hilton Chicago and the Palmer House Hilton, Chicago, IL, 2 de septiembre.

SONTAG, D. (1992), "Noncitizens and the Right to Vote", *New York Times*, 31 de julio, A1.

STATON, J. K.; JACKSON, R. A. y D. CANACHE (2007), "Dual Nationality among Latinos", *Journal of Politics*, 69: 470-482.

"Temporary Admissions of Nonimmigrants to the United States: 2006" (2007), *Annual Flow Report*, Office of Immigration Statistics, Department of Homeland Security.

TICHENOR, D. J. (2002), *Dividing Lines: The Politics of Immigration Control in America*, Princeton, Princeton University Press.

WATANABE, T. (2008), "Number of Mexicans gaining citizenship soars in 2007", *Los Angeles Times*, 11 de julio.

WATERS, M. C. (2001), *Black Identities: West Indian Immigrant Dreams and American Realities*, Cambridge, Harvard University Press.

WATERS, M. C. y T. R. JIMÉNEZ (2005), "Assessing Immigrant Assimilation: New Empirical and Theoretical Challenges", *Annual Review of Sociology*, 31: 105-125.

WOLFINGER, R. E. y S. J. ROSENSTONE (1980), *Who Votes?*, New Haven, Yale University Press.

WONG, J. (2000), "The Effects of Age and Political Exposure on the Development of Party Identification among Asian American and Latino Immigrants in the United States", *Political Behavior*, 22: 341.

WONG, J.; LIEN, P. T. y M. M. CONWAY (2008), "Activity Amid Diversity: Asian American Political Participation", en JUNN, J. y K. L. HAYNIE (eds.), *New Race Politics in America*, Cambridge, Cambridge University Press.